

ménez y del músico Felipe Villanueva, cuya inspiración respectivamente rayó tan alto, arrebatónos también la existencia de Gabriel Guerra; pero, ¡ah! si pudo lograr que no prosiguiera con tanto honor el ministerio artístico, no le será dado ni privarnos de las obras que legó ni desceñirle la corona de la inmortalidad; pudiendo decir nosotros en esta ocasión, de aquel terrible hado, lo que el poeta Horacio: "non tamen irritum quodunque retro est efficiet!"

Fué Guerra de baja estatura, vulgares facciones y sencillo porte; afable y modesto, no con la falsa, sino con la verdadera modestia; laborioso, servicial y prudente; con los superiores respetuoso y bondadoso con los subalternos. Cuando alguna vez la torva envidia, de que no se vió libre, le asestó sus tiros, procuró evitarlos, sin inmutarse. Rindióle homenaje siempre, á la moralidad artística, consistente esa moralidad en no ver en el arte un simple medio de especulación, antes bien, el noble sacerdocio de la belleza. Su crédito y fama de artista no fueron resultado de bastardas artimañas, sino del talento, el saber y el trabajo. El renombre de Guerra, será, pues, duradero, porque fué bien adquirido.

Diciembre de 1901.

SANTIAGO REBULL



Jantiago Rebull

JANTIAGO REBULLI



Santiago Rebull



D. SANTIAGO REBULL

En esta ciudad de México falleció á los setenta y tres años de edad, el notable pintor D. Santiago Rebull el 12 de Febrero del corriente año de 1902. Vió la luz primera en el buque que conducía á sus padres á España, víctimas del decreto de expulsión contra los españoles, expedido por el gobierno de la República en Marzo de 1820. (1)

Era nuestro pintor uno de los más genuinos representantes del idealismo; Rafael de Urbino fué su prototipo en el arte y sus conocimientos y gusto delicado hicieronle digno de proclamar por guía á un tal maestro. Escaso de actividad cuan-

(1) Alguien nos ha asegurado que había nacido en la villa de Reus en Cataluña. Su padre fué catalán y su madre mexicana.

to sobrado del afán de perfección, muy contadas obras produjo, si bien sobresalientes todas; ajustadas á las reglas, á la elegancia y al buen gusto. Rebull fué un artista aristocrático, exquisito, merecedor de haber vivido en Atenas y de haber sido contemporáneo de Pericles. Cuanto produjo es selecto.

Al reorganizarse la Academia de Bellas Artes en 1846, acudió de los primeros á recibir la enseñanza del pintor español D. Pelegrín Clavé, siendo de sus discípulos predilectos y de los que mayor fruto supieron sacar de sus lecciones. Por su dedicación y favorables disposiciones para el arte, realizó muy rápidos adelantos y obtuvo la pensión para Roma. Sus trabajos fueron de los que más llamaron la atención en las primeras exposiciones celebradas por la Academia, y mostraron sus especiales aptitudes para el dibujo, ora por la presición y delicadeza de sus líneas, ora por el sentimiento de la bella forma; sendero éste en que supo encarrilarlo Clavé con grande acierto, haciéndole ejercitarse preferentemente en el desnudo. Y así dióse á conocer con una academia "Cristo en agonía," primer cuadro original, que presentó en 1851; y con una academia más en grande, "La muerte de Abel," obtuvo el año subsiguiente la pensión para

Roma. Disputóse este premio con su condiscípulo José Salomé Pina, quien compitió con Rebull con el cuadro de "Sansón y Dalila," de mérito no escaso.

Marchó, pues, Rebull á la ciudad eterna en 1852, disfrutando, como los demás pensionados que de México se enviaban por entonces, de cincuenta pesos mensuales por un período de seis años, con la obligación de remitir algunas muestras de sus trabajos y adelantos. Púsose bajo la sabia dirección de Thomas Consoni, afamado pintor italiano que se hizo notable decorando la fachada de San Pablo Extramuros y completando lo que se ha llamado la Biblia de Rafael en las Logias del Vaticano.

Por ser Consoni un insigne purista, un consumado clásico, era el profesor que más convenía al talento de Rebull para perfeccionarse; y lo mismo que Clavé, dióse en breve cuenta de las facultades del discípulo y supo conducirlo sabiamente. Lejos de ponerle desde luego á componer cuadros como seguramente lo habría hecho un vulgar maestro, quiso que ante todas cosas se familiarizara con las obras del gran pintor de Urbino, y al efecto hizole dibujar mucho de ellas y copiar al óleo algunos fragmentos de las mismas. Adiestrado nuestro, joven, con tan fortalecedores ejercicios, depurado

su gusto con ejemplares artísticos tan excelsos como los de Rafael y, familiarizado además, con el conocimiento del natural, pudo ya, con firmeza entregarse á la composición de obras originales y hacer sus primeros envíos á México; los cuales fueron, aparte de una copia de un trozo de "La Teología," de Rafael, un cuadro que representa al Legislador de los hebreos y el retrato del mismo pensionado. Nada de extraordinario ofrecieron estas primeras remisiones; pero tres años más tarde mandó "El sacrificio de Abraham," cuadro de grandes dimensiones y de figuras del tamaño del natural, que sorprendió á su antiguo maestro Clavé, y cuyo mérito en punto á dibujo, hasta el presente nadie ha superado en México.

Con tener muy buen arreglo la composición y estar ejecutada con facilidad y soltura, no es esto lo más digno de fijar la atención en el cuadro, sino la figura aislada del Isaac, un desnudo de extrema delicadeza, de tierna expresión y en el que la morbidez de carnes propia del adolescente, está admirablemente representada. En la actualidad este lienzo, que se halla en el salón de la Escuela de Bellas Artes, designado con el nombre de la Galería de Clavé, compite con la "Isabel de Portugal," de este mismo autor.

y "El Castillo de Amaus," de Sagredo en atraer y seducir la mirada de los inteligentes que la visitan.

Refiérese que al recibirse "El sacrificio de Abraham," después de estudiarlo detenidamente Clavé y de admirarlo, púsole ante sus discípulos y preguntóles qué les parecía. Estos, con la insustancialidad propia de mozos poco ilustrados, le contestaron: señor, nos parece bonito. No satisfecho el maestro con tan vulgar respuesta, y deseoso de oír un elogio en consonancia con su propia admiración, insistió diciéndoles: pero díganme ustedes qué es lo que ante él sienten; pues nada, señor, le replicaron; en oyendo lo cual, sobradamente contrariado y un tanto airado, á su vez repuso: pues es natural que no sientan nada, porque estas obras están hechas para que las sientan y estimen las personas ilustradas y á ustedes aún les falta mucho para que lleguen á serlo.

Poco después de cumplirse los seis años que debía durar la pensión, contrajo una grave dolencia nuestro artista en Europa que le hizo regresar violentamente á la República en 1859. Restablecida su salud, pudo hacerse cargo de la difícil clase de dibujo del natural en la Escuela de Bellas Artes, que con gran pericia desempeñó hasta poco antes de

su fallecimiento. Hoy por hoy no hay en México quien pueda reemplazar á Rebull en la dirección de la clase del desnudo; y tan sólo á un profesor europeo podría confiarse con éxito una enseñanza por extremo delicada.

Al caer la administración conservadora del Gral. Miramón, el gobierno de D. Benito Juárez que la substituyó, disolvió á la Junta Directiva de la Academia que presidió D. Bernardo Couto y nombró á Rebull para reemplazarlo en la dirección de la propia Academia. Para cumplir su nuevo cometido, nuestro profesor, en las cuestiones graves, solía tomar consejo, aunque reservadamente, del señor Couto, hombre entendido en arte, prudente y experimentado en todos los asuntos de la Academia; mas como tal circunstancia llegara á conocimiento del gobierno liberal, fué amonestado Rebull severamente por pedir consejo á un sujeto que, si bien eminente, figuraba como significadamente conservador. ¡A tales extremos llegó la intransigencia y la pasión política por aquel tiempo! Y en verdad que Rebull necesitaba de consejo para dirigir la marcha del establecimiento que se le había confiado, pues bien demostró que si tenía sobrados conocimientos en el arte, no poseía en igual grado el dón de gobierno. Ciertas

disposiciones suyas, rigurosas y violentas, enajenaronle las voluntades de algunos profesores y discípulos; y el que más se resintió de ese rigor suyo, fué el pintor Mata, á quien quiso obligar á que asistiese por dos horas diariamente á la Academia á desempeñar la clase de dibujo que tenía á su cargo, siendo así que por su antigüedad como profesor y edad avanzada antes merecía que se le hubiese jubilado. La disposición de Rebull hizo que Mata se disgustara profundamente y que en lo sucesivo no asistiera más á la Academia.

Mereció en cambio bien del establecimiento que dirigía por el hecho siguiente: Próximo á abandonar la capital el Presidente Juárez por venir á ocuparla el ejército francés, mandó su gobierno que los cuadros de más mérito que poseía la Academia, fuesen empacados y sacados de ésta para ponerlos á cubierto de la codicia de los invasores. Rebull recibió oportunamente la orden; mas temeroso de que no fueran devueltos los cuadros por los mismos que deseaban ponerlos á salvo de la codicia extranjera, dispuso que el empaque se hiciera con la mayor lentitud posible y en grandes cajas que no cupiesen por las puertas llegado el momento de intentar sacarlas.

El ardid sirvió en efecto, para que los

liberales salieran de la ciudad antes de concluirse el embalaje, y para que los cuadros volvieran á sus respectivas galerías, donde hasta hoy se conservan. Sucesos posteriores han demostrado el riesgo que corren las obras de arte que salen de la Academia y la razón que tuvo Rebull para temer que los cuadros no se recobrasen. Con motivo de la celebración del cuarto centenario colombino, fueron enviadas á la Exposición retrospectiva de Madrid las medallas del grabador Gil, que cual preciosa reliquia histórica al par que artística, guardaba la Academia, y hasta el día no las ha recuperado; y así mismo "Los juegos olímpicos" de Carlos Vernet y dos de los mejores paisajes de Landesio, con otros objetos de escultura que se le pidieron para adorno de los salones presidenciales con ocasión de la Conferencia Internacional que acaba de celebrarse en México, tampoco le han sido devueltas á la Escuela de Bellas Artes; cercenándose por tal manera, en vez de enriquecerse, su escaso museo de pintura, escultura y grabado.

Al constituirse el gobierno invasor, Rebull hizo renuncia de la dirección de la Academia, habiéndole substituido en tal puesto D. Urbano Fonseca. Con el nuevo estado de cosas de la política, por algún tiempo se mantuvo retraído; pero

una vez que el Imperio se estableció y que Maximiliano llamó á los artistas mexicanos de valer para encomendarles trabajos de alguna consideración, Rebull, que había sido presentado al Monarca por el escultor Sojo, salió de su inacción desempeñando con harto lucimiento los diversos trabajos que le fueron confiados; ya los retratos de los caudillos de la Independencia para el salón de Embajadores del Palacio, ya los del propio Maximiliano y de Carlota para el mismo sitio, ya, en fin, las pinturas decorativas para el Alcázar de Chapultepec.

Mientras ejecutaba los retratos de los Soberanos, pintaron bajo su dirección, los de Iturbide y Morelos, Petronilo Monroy; el de Matamoros, José Obregón; el de Guerrero, Ramón Sagredo, y Joaquín Ramírez el de Hidalgo.

Tan complacido quedó Maximiliano de su propio retrato, que como recompensa, hizo merced á Rebull del nombramiento de Oficial de la Orden de Guadalupe y envióle además tres mil pesos de obsequio. Este retrato que es de cuerpo entero, algo mayor que el natural y con las insignias imperiales, fué llevado á la caída del Imperio á Miramar, donde hasta la actualidad se conserva. El de Carlota no se concluyó enteramente por no prestarse gustosa á que el pintor (que no le

era personalmente grato) acudiese las necesarias veces á tomar apuntes ante el natural. El busto de este segundo retrato, separado del resto de la tela por el mismo Rebull para venderlo en ochenta pesos á D. Ramón de Ibarrola, fué adquirido más tarde en doscientos por el Barón de Kaska, que aún lo tiene y con grande estima, no sólo como recuerdo de la infortunada Princesa á quien representa, sino como notabilísima obra de arte.

Aparece fielmente representado en tal retrato el tipo escultórico de Carlota: las facciones grandiosas de amplios planos, el erguido y elegante cuello, la pensadora frente, los ojos de mirar frío aunque muy bellos; la nariz ligeramente redondeada en la extremidad, la boca pequeña y agraciada, el color, en fin, de ese blanco mármoreo levemente sonrosado característico de las razas septentrionales de Europa. Todo esto supolo trasladar diestramente el pintor al lienzo.

Con lo que Rebull llegó á la meta en su carrera de artista, fué en sentir nuestro, con las figuras de Bacantes que decoran los corredores del Castillo de Chapultepec. Por la exquisita belleza de la forma, por la desnudez franca y sana, por la escultórica elegancia de las actitudes, por la nobleza y elevación del estilo, dignas son de la antigüedad greco-romana. Há-

llanse representadas al óleo sobre el muro y á manera de frescos, seis jóvenes de hermoso tipo, variadas actitudes y en escenas diferentes. La una conduce á una pantera que parece quererle arrebatarse con las fauces un ramo de frutas; la otra danza al son de un pandero que ella misma tañe; ésta riega una planta de erguido tallo; aquella corre airoosamente con el bacanal tirso levantado en los aires; estotra desde una prominencia atisba con curiosa mirada una liebrezuela, y la de más allá, por último, se inclina para aspirar con delectación el aroma de un lirio. Pocas veces el tipo de la mujer representóse con igual encanto. ¡Qué actitudes tan gallardas y naturales, qué flexibles movimientos, qué líneas tan puras y delicadas! Las Gracias mostráronse propicias en extremo cuando se delinearon estas "Bacantes." Son por su belleza de la familia misma de las Afroditas de Praxiteles y Lysipo.

Pintó las cuatro primeras durante el Imperio, y mucho más tarde, el año de 1894, las dos últimas que en nada desmerecen de las restantes. Las primeras son más paganas, las segundas más expresivas y simbólicas; por unas y otras su autor merece un alto puesto en el templo del arte.

Cuando se visita el Castillo de Cha-

pultepec, donde la naturaleza y el artificio compiten para cautivarnos, después de admirar la ventajosa situación del edificio gallardamente erguido sobre un rocalloso y agraciado montículo que semeja á aquel sobre que se levanta el Parthenón; después de recorrer los aposentos y salones apreciando el suntuoso mobiliario y ricas tapicerías que los realzan y embellecen; después de espaciar la mirada por el magnífico panorama que desde los corredores de aquel encantado palacio se descubre: el añoso bosque en primer término, luego la suave planicie del Valle y las montañas y volcanes que le circundan; después de contemplar todo esto sorprendente y espléndido, pudiera creerse no haber ya nada capaz de atraernos en aquel sitio, y sin embargo, como remate y coronamiento de una escala de goces para la vista, quedan todavía para complacerla aquellas pinturas murales, en las que un artista delicado combinó cuanto de más bello encierra la forma humana, compitiendo con la naturaleza para hechizarnos.....

Digamos las circunstancias que mediaron y dieron ocasión para que nuestro pintor completara su obra. Como se hallase deteriorada la decoración de los corredores del Castillo por la incuria y el

tiempo, en el año de 1894 fué encomendada su reposición al escultor Calvo, quien, como conocedor, dióse cuenta del raro mérito de las "Bacantes," no intentando sustituirlas por otros ornatos, antes bien, iniciando una inteligente restauración de ellas; y, al efecto, dirigióse para que la emprendiera á D. José S. Pina, quien, á su vez, hizole observaciones sobre la conveniencia de confiar la restauración al propio autor de las pinturas. Y así fué como Rebull la llevó á término y diseñó dos figuras más que aún faltaban para que la decoración estuyese completa.

De lamentarse es que las "Bacantes" estén pintadas sobre el muro, por el riesgo que corren de deteriorarse y aun de desaparecer; lo que seguramente sería más remoto si hubiesen sido pintadas en lienzo y se conservaran en las galerías de un museo. La destrucción de estas obras constituiría una pérdida irreparable que vendría á significar para la gloria del arte patrio, igual que si de nuestras letras desaparecieran, sin quedar ni aun su recuerdo, "Las abejas," de Altamirano, "Ante un cadáver," de Acuña, ó el "Diálogo sobre la pintura," de D. Bernardo Couto. (1)

(1) Dos hechos recientes, verdaderos atentados artísticos, ponen de manifiesto hasta qué punto en México
Perfiles—29

Durante el tiempo que medió entre que se ausentara Clavé de México y regresara Pina de Europa para substituirle en la clase de pintura de la Escuela de Bellas Artes, quedó aquella confiada á D. Santiago Rebull. Bajo su dirección pintaron entonces Luis Monroy "El hijo pródigo" y "La azucena marchita" Ocaranza. También Petronilo Monroy oyó los consejos del maestro al ejecutar el cuadro

se respetan las obras de arte, por importantes que sean. El año de 1901, el señor Lic. D. Vidal de Castañeda y Nájera, siendo director de la Escuela Preparatoria, hizo que desapareciera el cuadro alegórico al temple, ejecutado en un muro de la escalera de aquel edificio, por el pintor mexicano D. Juan Cordero, que representaba una apropiada y hermosa alegoría de las Ciencias. Pintóse este cuadro por encargo de D. Gabino Barreda. Y en el presente año, el señor Dr. D. Antonio Paredes, cura párroco del Sagrario Metropolitano, dando muestras de no saber estimar ni conocer el mérito artístico é histórico de las pinturas que había en la bóveda del Bautisterio de esta Iglesia, mandólas asimismo borrar, substituyéndolas con groseras chafarrinadas de color de alcorza. Hallábanse representados en dicha bóveda, los bautismos de Cristo, de Constantino, de San Agustín y de San Felipe de Jesús, pintados al temple con singular perfección en agrupamientos, actitudes, dibujo y colorido. Debíase esta decoración al pincel de D. Andrés Girés de Aguirre, primer profesor de pintura que tuvo la Academia de San Carlos. Destruída esta obra, no queda trabajo conocido de aquel muy distinguido pintor peninsular. ¡Qué opinión tan poco envidiable es la que por tales medios se granjean estos hunos del arte!

alegórico de "La Constitución de 57," para lo salones de la Presidencia.

Obra también de alta valía de nuestro pintor es "La muerte de Marat," ejecutada por encargo de D. Alfredo Chaverro. Es un cuadro de reducidas dimensiones, pero lleno de interés dramático, y en el que brillan los primores de la técnica. Singularmente la figura de Carlota Corday, que ocupa el centro de la composición, es de una soberbia concepción y factura. El claro obscuro de este lienzo es digno de los maestros holandeses. Fué presentado en la Exposición de Bellas Artes de 1875 y despertó grandemente el interés del público. Hiciéronsele por la prensa sumos elogios al autor, y los alumnos de la Escuela de Bellas Artes organizaron en honor suyo con motivo de su obra, una apoteosis, pronunciándose en tal acto discursos y poesías, y habiendo sido coronado el artista en presencia de un concurso numeroso.

Entre los juicios laudatorios que publicaron los periódicos de entonces, merece darse á conocer íntegro por lo razonado, el del pintor D. Felipe S. Gutiérrez, que salió á luz en "La Revista Universal" del 23 de Febrero de 1876. Decía como sigue:

"Santiago Rebull, uno de los profesos

res del establecimiento (la Escuela de Bellas Artes), ha estado á la altura de su talento en la ejecución de su cuadro "La muerte de Marat." Ciertamente que si no es la primera, es una de las mejores composiciones que han brotado del pincel mexicano, desde que en el país se cultivan las bellas artes. La disposición del conjunto es muy artística y bien pensada; las figuras se hallan convenientemente colocadas, y la del protagonista principal, á pesar de ser bien difícil, el Sr. Rebull sacó mucho partido de ella, sin embargo de verse sólo medio cuerpo. Carlotá Corday, como el personaje actor del drama, yace en el centro y recibe todo el golpe de luz que entra por la ventana de la habitación: las mujeres que vienen saliendo á la novedad del suceso, están con mucha propiedad y equilibran perfectamente la composición; finalmente, los paños, los accesorios y todo, está dibujado, tocado y distribuido con inteligencia y gusto; en cuanto á la expresión, creemos que cada personaje manifiesta lo conveniente que le toca representar en escena, por lo que terminamos diciendo que este cuadrillo es una perla."

En un estilo un tanto amanerado y un mucho palabrero, lleno de contraposiciones y no exento de felices rasgos, el emi-

grado cubano José Martí, que por entonces se encontraba en la República, consagró á "La Muerte de Marat" un extenso artículo en "La Revista Universal" del 7 de Enero de 1876. Hacíase en él un encomiástico análisis del cuadro, más bien literaria que artísticamente y terminaba su autor con lo siguiente, que transcribimos, como una muestra de sus apreciaciones y estilo:

"Amamos, sobre todo, esa exquisita cabeza, con un golpe exagerado de luz, y su hermosísima cofia, y esa mano que ha dejado caer el puñal abriéndose tan bien, y esa otra mano que el espanto no ha acabado todavía de cerrar; alabamos y gustamos de ese torso encorvado y nervudo contrapuesto á ese otro talle aéreo y fieramente elegante de mujer: lo que á él le contrae, es la muerte: lo que á ella impulsa es el honor: en la cara de Marat, en ese difícilísimo escorzo, la muerte imprevista está pintada hasta en un punto de color que este pincel siempre feliz, ha sabido colocar en la línea del ojo que se ve. Ella se vá y él se muere; ella interesa, y él espanta; él merece la muerte, y ella debe salvarse; él es nervudo como la tierra, y ella es nebulosa y clara y transparente y tenue como el cielo. Si así fue en la verdad el suceso, si así es la justi-

cia en el comentario; si con la pintura del hecho se está desprendiendo el carácter histórico de los personajes y el juicio de los hombres venideros, ¿qué más podría pedirse al que reunió en un lienzo toda la barbarie de un partido, toda la pureza de una alma, las dos exageraciones del espíritu, el hecho y la consecuencia, la animación de la verdad y las páginas futuras de la historia? Así es lo grande: comprensivo, perfecto y sintético. Ese es el cuadro: place á los ojos, cautiva el deseo, se explica con la razón, se le siente y se le guarda en el alma.

Salga de México esa obra maestra de uno de sus pintores más ilustres: la tierra de las eminencias en su superficie, debe ser ya para los pueblos la tierra de las eminencias en el talento y en el arte. Honrarlase un museo de Europa con un cuadro como este. Seduce á todo el mundo, admira á los que se admiran pocas veces. Ya vivió el que pintó ese cuadro, en las páginas imponente, en el colorido real, en los detalles rico y exquisito. En cada línea hay una verdad, y en todas la revela la impresión del genio á las enemigas y rencorosas voluntades.

Ese es el cuadro: el que ata voluntad y miradas, el que pone en el alma alegrías y seducciones, en los brazos deseo de abrazar, y en la memoria instantes

de ventura indelebles. Cada obra bella, cada obra grande, redime de un momento de amargura."

Las reducidas dimensiones del cuadro, dieron margen á una ocurrencia un tanto chusca del señor López López, el obligado panegirista por la prensa, del pintor Cordero, y que presumiendo de muy entendido en pintura, únicamente tenía frases de elogio para éste, pero de censura para todo otro autor que no fuese el de "La Mujer Adúltera." Muy divulgada y reída fué la anécdota, por lo mismo que provenía de un sujeto que con excepción de Cordero y de Mata, había estado siempre en constante pugna con los demás pintores. Refiérese que después de contemplar á sus anchas "La muerte de Marat," en presencia de Rebull, dirigiéndose á éste le dijo:

—Le felicito á usted por su boceto. ¿Cuándo piensa hacer el cuadro?

—Señor, le contestó el interpelado, el cuadro está concluido, no es un boceto.

—¿Cómo que no es un boceto? pues como me habían dicho que los bocetos se hacen "chiquitos," y este de usted se halla precisamente en esas condiciones. . .

Ya se deja comprender las zumbas que su yerro y poca advertencia le valieron á López López. Las burlas y sátiras llovieronle por la prensa, en términos de que

él mismo tuvo que tomar su defensa; pero con habilidad tan escasa, que en letras de molde hubo de confesar paladinamente lo que se le había atribuido. En "El Renacimiento," del 16 de Enero de 1876 publicó, además, una revista de la Exposición, y en ella, con referencia al cuadro de Rebull, dejaba escapar las mismas ideas, expresando, entre otras cosas, lo siguiente, que más que en elogio del cuadro, rayaban en la censura

"Positivamente—decía—es digno de aplauso el cuadro. ¡Lástima que asunto tan trágico y corifeo de tanta efervescencia política, no hayan sido representados en las dimensiones del natural, ya que no en las colosales á que tan alto subieron ambos personajes del argumento; el uno por su frenesí demagógico, su tránsito asolador y terrorista por el mundo culto, y su desmesurada ambición; la otra, por el arrojó á que la arrastró su exaltado fanatismo político, y la resolución con que consumó el homicidio.

Prescindamos en nuestro parco juicio, de estas y otras consideraciones de arte y de historia, y hagamos referencia á la ejecución.

De pronto vemos una figura acabada, pulida cual una porcelana, de tonos dulcificados por un estudio único y escrupu-

loso, un ojo observador y un pincel suave...."

Extendíase en seguida el crítico en mil impertinentes censuras acerca del cuadro, que contrastaban con los elogios de Martí y demás escritores que de la obra se ocuparon, censuras que omitiremos, por arbitrarias en el fondo, y sobrado indigestas en la forma de presentarlas.

Después de "La muerte de Marat," pintó Rebull para D. Eugenio Chavero un cuadro, representándole con su familia. De un asunto difícil por extremo, supo sacar el pintor no escaso partido; mas para llegar á este resultado, tuvo que hacer previamente repetidos cambios y variantes, pues que era en sus trabajos por demás escrupuloso, y descontentadizo hasta lo sumo.

En la Exposición de 1879 presentó una "Concepción de María," y el retrato del señor Villela, sirviendo de ocasión ambos cuadros para que D. Ignacio Altamirano, desde las columnas de "La Libertad," le lanzara una tremenda crítica tan sañuda como injusta, puesto que desconociales hasta sus más ostensibles cualidades. "La Concepción," sobre todo, era una preciosidad de dibujo, y ni siquiera esta circunstancia tan sobresaliente fué enaltecida y acaso ni sospechada su importancia por el mismo Altamirano, que

en aquella vez habíase improvisado crítico de arte. Más tarde súpose que la verdadera causa de tan inconsiderada y acerba crítica, no había sido otra que el asunto religioso del cuadro, por el que sentía aversión profunda aquel escritor poco tolerante.

Véanse los términos en que formuló su crítica:

“¡Que no haya habido un genio benéfico que quitase del magin al señor Rebull el malhadado capricho de pintar ese cuadrito, capaz de dar al traste con su reputación de colorista! Analicemos tranquilamente:

El dibujo de la Virgen es bueno, aun que la idea es pobre y la figura carece totalmente de expresión. Es una virgencilla gordiflona, no como la puede concebir un maestro que sabe lo que es bello ideal, y que lo debe manifestar ricamente cuando se trata de la hermosa figura de María, sino un muchacho, un dibujante vulgar con una imaginación de “santero” común. Pero pasemos el dibujo y no exijamos mucho de una figura de pequeñas proporciones (dimensiones quiso decir), aunque hay miniaturas diez veces más pequeñas, que son diez veces más expresivas. El colorido del fondo, ese sol, porque debé ser un sol, ¿de dónde ha podido venir á la paleta de Rebull? ¿En

qué lugar, en qué estación, á qué hora, bajo qué latitud ha podido ese profesor ver una luz de un amarillo semejante? Si se responde que es una luz mística, que es una luz de Paraíso, nosotros replicamos que aun así es una luz falsa, absurda; porque al pintor le es lícito idealizar, pero no desnaturalizar. Por fantástico que pueda presentarse un fenómeno, siempre se debe partir de la Naturaleza; lo contrario será una locura y una violación del arte, cuyo objeto esencial es lo bello.

El señor Rebull, pues, ha presentado á la Virgen en el espacio y todavía en la región de las nubes. Luego el sol que alumbra ese cuadro debe ser nuestro sol, el mismo que vemos; luego la luz, por “mística” que fuese, debía ser la luz que conocemos, más ó menos bella, pero la misma. Ahora bien, el color de esa luz, ya lo hemos dicho, no se vé jamás así, al través de la diafanidad del espacio. Es necesario buscar tan singular color amarillo en otra parte que no sea el cielo, y yo, al menos, no me acuerdo de haberlo visto sino en cierta salsa francesa llamada “mayonnaise,” cuando he solido comerla con ensalada y salmón, y por cierto, es muy sabrosa.

Valía más haber adoptado resueltamen-

te el fondo bizantino, el fondo de oro puro. Ese, al menos, habría sido un colorido convencional, recuerdo de una escuela viciosa, pero aceptada en otro tiempo, como es aceptado hoy en la Glíptica dar á una figura del color de la primera capa de piedra, el fondo de la segunda, cualquiera que sea.

Además del colorido falso de la luz que llena todo el cuadro del señor Rebull, hay todavía que censurarle el colorido no menos falso de la nubecilla en que se apoya la Virgen. Esa nubecilla presenta tonos violáceos y negros que no tienen explicación justificada. El sol amarillo que forma el fondo, debía naturalmente colorar la nube, de un modo muy diverso, es decir, que la nube debía ser tan amarilla, del mismo amarillo "mayonnaise," si nos es lícito inventar un nombre para semejante variedad, ó cuando más, podría ser blanca y transparente, pero nunca violeta y oscura. Que estudie el señor Rebull el efecto de los rayos solares en las nubes, y las leyes elementales de la Óptica, y verá que su nubecilla es un pequeño disparate. Así, pues, esta pintura ha sido hecha con poca reflexión y con poco sentimiento del colorido."

No hubo, de fijo, obra de buena fe, de parte del crítico, al haber pasado como sobre áscuas al referirse al dibujo de "La

Concepción," siendo así que éste era el mérito especial y sobresaliente del cuadro, y en el que debió, por lo mismo, fijarse de preferencia, en vez de haber hecho hincapié, como lo hizo, exclusivamente en el colorido. A nadie se le ocurre analizar minuciosamente los descuidos de dibujo de Rubens, pongamos por caso, y hacer punto omiso de su color brillante. De la misma manera que los grandes coloristas, por lo general, no han sido insignes dibujantes; tampoco los dibujantes de primer orden fueron sobresalientes coloristas; así Rafael, así David, así Ingres, así muchos otros. Proceder del modo que el señor Altamirano lo hizo, tanto vale como juzgar las obras de los románticos, con el criterio de los clásicos; las de los idealistas con el de los realistas; ó á la inversa. Hay la escuela del buen dibujo, como hay la del buen colorido, y en cada una ha de mirarse el especial mérito que ofrece.

El mismo colorido de "La Concepción," si es verdad que no era una maravilla, distaba mucho de ser inaceptable; como que había sido tomado de un apunte de puesta del sol, hecho por Petronilo Morroy, del natural. Eso de fallar sobre la exactitud del color, es muy orillado á extravíos y equivocaciones. Aparte de que no todos tienen ojos para ver, suce-

de que para quien no esté suficientemente familiarizado con los variados, inesperados y sorprendentes efectos que la Naturaleza presenta, habrá de parecerle exagerado, convencional y falso, aquello mismo que no es sino muy real y verdadero. Recordamos á este propósito, que en cierta ocasión, no bien le acabábamos de oír al paisajista señor Velasco, motejar de exagerado y falso el color rojizo en el cielo, de "El Latium," de Enrique Serra, cuando al salir á la vía pública nos sorprendió el más espléndido crepúsculo de la tarde que pueda imaginarse, y cuyas tintas del más vivo escarlata superaban en mucho á las del paisaje censurado. Así es que no era tan indiscutible como lo pretendía el señor Altamirano, la falsedad de color del cielo de Rebull. Pero aun concedido que lo exagerado y convencional hubiesen sido evidentes, no por eso debió haber tratado el crítico, á un artista del valer de Rebull, que era acreedor á todo miramiento, en los términos menospreciativos en que lo hizo, ni valer-se tampoco de comparaciones grotescas como aquellas de la "mayonesa," y otras, impropias de una crítica juiciosa y levantada.

Las inmerecidas y acres censuras de que fué objeto Rebull, después de los entusiásticos homenajes que pocos años antes se le habían prodigado, junto con gra-

ves pesares de familia, ocasionados por la pérdida de sus padres y hermana, en un corto lapso de tiempo, fueron causa de que nuestro artista se volviera de carácter adusto y retraído, y de que casi abandonara los pinceles, entregándose á una estéril y deplorable inacción, tan sólo interrumpida por su enseñanza en las clases que desempeñaba, si con mucho saber, con poquísimo aliento.

Para formarse idea de esa inacción suya, bastará referir el siguiente hecho: Cuando en la infausta administración del Presidente González dejó de pagarse por largos meses su sueldo á los empleados públicos, Rebull, como muchos otros, vióse en grandes estrecheces; y entonces, ora con la mira de ayudarle, ora con la de poseer una obra suya, encomendóle un cuadro del Salvador el Barón de Kaska. Convenido el precio, fué recibiendo su importe en mensualidades, mientras que ejecutaba la obra; la que no llegó á concluir, sino hasta un año después del plazo acordado, y mediando una especie de ultimátum del mandante, quien sólo por tal medio llegó á verse en posesión del cuadro. Queriendo disculpar esas moratorias á que acudía antes de la entrega de las obras que se le encomendaban, aducen los defensores del pintor su descontentadizo gusto, que le inducía á hacer

numerosas variantes en la composición, y repetidas raspaduras y enmiendas en la tela. Cierto que un afán de perfección había de por medio; mas no era éste el único impedimento para la labor en el maestro, sino esa pigracia que harto frecuentemente se apodera de los hombres de talento en México, mucho antes de que la edad la disculpe.

En confirmación de ello, puede, asimismo, recordarse el hecho de haber rehusado Rebull pintar un cuadro en la Colegiata, cuando Pina emprendió el decorado del templo, por no haber querido aceptar el plazo racional que éste le fijaba para la conclusión de la obra. ¡Lástima grande que no hubiese quedado en aquel templo una notable muestra de su inspiración religiosa!

Además de las obras mencionadas, ejecutó Rebull varios retratos, entre los que figuran los del notable jurisconsulto Don Rafael Martínez de la Torre, y de los Presidentes Don Benito Juárez y Don Porfirio Díaz; retratos, los últimos, que guarda en propiedad el Colegio de las Vizcainas. Entre sus obras, merece singularmente mencionarse, una cabeza de la Virgen, que, llevada á Europa por su poseedor, el señor Chavero, autorizados peritos atribuyeron á Paul Delaroche, pintor francés de gran renombre.

Los postreros trabajos que ejecutó nuestro artista, fueron el antes mencionado retrato del General Díaz, hecho en presencia del original, y unas preciosas flores al estilo de Nogales que dedicó á una de sus hijas.

Al tener noticia de su fallecimiento, el Presidente de la República, que había tenido ocasión de conocer personalmente al pintor, y de apreciarlo, cuando le retrataba, dispuso que sus funerales se hicieran por cuenta del Estado; no obstante lo cual, celebráronse con relativa modestia, por expresa disposición del propio artista. Sus mortales despojos fueron depositados á perpetuidad en una huesa del cementerio de Dolores. La Escuela de Bellas Artes, en señal de duelo, por tres días interrumpió sus clases.

Fué Don Santiago Rebull, sujeto de claro talento, de regular ilustración, de arraigada fe religiosa, y amante de que se le diese en todas circunstancias el lugar que se merecía. Su retraimiento y carácter adusto y poco comunicativo, fueron causa de que se llevara al sepulcro sus raros y sólidos conocimientos artísticos, sin transmitirlos á ningún discípulo suyo. La amistad estrecha que por mucho tiempo llevó con Pina y con el paisajista Velasco, habíase entibiado en los últimos años, sin que por esto se amenguara la

estimación que siempre le tuvieron. Cuando pasaba por los corredores y salones de la Escuela de Bellas Artes, triste, silencioso y abatido, por dolencias y desengaños, su silueta, alta y encorvada, parecía una sombra del pasado. Esa sombra desvaneciése al fin, dejando un vacío muy difícil de ser llenado dignamente por otro.

La hiperbólica alabanza propia del gongorismo, que tan en boga estuvo en el segundo tercio del siglo XVIII, hizo que al pintor Juan Rodríguez Juárez se le apellidara el Apeles mexicano, sin embargo de no hallarse exentos de incorrecciones de dibujo sus cuadros, de estar su estilo inficionado de barroquismo, y de no ofrecer, por lo tanto, puntos de comparación con la sobriedad, pureza y corrección que es fama brillaron en el pintor de Alejandro. Mas si algún pintor de los nuestros, pudiera merecer el dictado que se le adjudicó á Rodríguez Juárez, éste sería, seguramente, Santiago Rebull; dado que su juicio, reflexión y justa medida; su procedimiento selectivo de las formas, su sentimiento profundo de lo bello, su acendrado buen gusto, su ansia, en fin, de lo perfecto, fueron cualidades comparables con las de aquel insigne maestro de la Grecia antigua.

Marzo de 1902.

D. JULIO ITUARTE